



VI

LA LID

Ya los caballos relinchan,
Ya rompen por todo el campo,
Ya las lanzas son astillas,
Ya los arneses bollados.

Romancero general.

Era una hermosa y plácida mañana
De fresco otoño, que ubertoso y grato
Del Sena los contornos engalana,
Con parda pompa, y con vistoso ornato;
Y el sol desde celajes de oro y grana,
De su imperial dosel rico aparato,
Torrentes derramó de lumbre pura
De San Dionís por la feraz llanura.

Y esclareció con ricos resplandores
El cerrado palenque y ancha liza,
Donde van á probar los justadores
El temple que sus nombres eterniza,
Repartiendo cambiantes y colores
Sobre el trono potente, que autoriza
El campo, circundado de banderas,
Gradas, trofeos, palcos y barreras.

Se agita en torno la apiñada gente,
Burlando del arquero la amenaza,
Pues que la turba indómita y creciente
Inunda pronto la extendida plaza.
Y vase acomodando inobediente
Do puesto encuentra, ó de adquirirlo traza,
Y llega sin cesar nuevo gentío
Anhelando encontrar puesto vacío.

Mas ya lo encuentra apisonado todo,
Y del retardo con despecho brama.
Ni oro ni fuerza logran acomodo,
Ni aun miramiento seductora dama.
Por fuerza tiene que avenirse á todo,
Si alguno en los pilares se encarama,
Los más en grupos apretados quedan
Do el rumor escuchar al ménos puedan.

Ya en los palcos señoras y señores,
Con ropajes espléndidos de gala,
Forman como un jardin de varias flores,
Que el amoroso céfiro regala:
Y relámpagos dan y resplandores
Las ricas joyas donde el sol resbala,
En pechos, puños, talles y cabezas,
Ostentando á la par gusto y riquezas.

Las barreras, las gradas, los tablados,
Una masa uniforme presentaban
De cabezas y cuerpos apiñados,
Donde algunas bellezas resaltaban.
De trecho en trecho arqueros apostados
El más leve desórden atajaban:
Y confuso rumor y gritería
Por el espacio cóncavo cundía.

Cuando de trompa bélica el aliento
La atmósfera purísima asordando,
Dándole voz al sosegado viento
Y en los vecinos montes retumbando,
Que llega el Rey para ocupar su asiento
Al gran concurso anuncia, que anhelando
De su lealtad manifestar la llama
Con mil *vivas* y mil su nombre aclama.

Entra el Rey con el manto y la corona,
El cetro augusto en su derecha brilla,
Y apoyado en el conde de Narbona,
Grave se asienta en la elevada silla.
En derredor acatan su persona,
Doblando al acercarse la rodilla,
Los príncipes, los condes, y los pares,
Con ricas vestes, cotas y collares.

Treinta armigeros fórmanse delante
Del real balcon, para decoro y guarda.
El sol refleja puro y rutilante
En una y otra fúlgida alabarda.
Y un heraldo publica en voz tonante,
Que el bullicio y confusa zalagarda
Vence, las contratadas condiciones
Y de entrambos guerreros los blasones.

Mas cuando queda mudo el gran gentío,
Fué al ver bajar pausados á la arena
A los jueces del campo y desafío,
Por ver si está de oculto engaño ajena.
Es el de más edad y ménos brio
El respetable conde de Turena.
El otro el duque de Nemur sesudo,
Que aun puede manejar lanza y escudo.

Y despues que el terreno aseguraron
Con público solemne juramento,
Reverenciando al Rey, se retiraron
Para ocupar su distinguido asiento.
Y trompas y timbales anunciaron,
Y pónese el concurso en movimiento,
Que á esperar, cual retado, ya venia
El duque y poseedor de Normandía.

El pecho palpitó del Soberano,
Era padre tambien, y dió al semblante
Ligera palidez, que quiso en vano
Tiranizar la majestad radiante:
El portillo que estaba á diestra mano
Abrese, y el concurso palpitante
Clava la vista en él, y espera ansioso
La llegada del Duque valeroso.

Entran en la estacada dos maceros
De la Casa Real, y en pos venian
Doce antiguos y nobles caballeros
Con arneses que al sol resplandecian;
Con caballos altísimos y fieros
Que gualdrapa y penacho embellecian,
Siguen los ecos de un clarín sonoro,
Y arbolan un pendon con lises de oro.

TOMO II

De dos en dos y en orden ocho pajes
En seguida pasaron la barrera,
Todos de nobles casas y linajes,
Brillando en todos juventud primera;
En sus pintadas plumas y en sus trajes
Pudiera hallar la vária Primavera
Nuevos matices, tintas y colores,
Con que esmaltar sus predilectas flores.

En dos negros corceles de pelea,
De cuerpo esbelto, sí, pero membrudo,
Dos escuderos con azul librea
Llevan uno la lanza, otro el escudo.
Aquella en cuyo hierro el sol chispea,
Prenda es de brazo guerrador forzado,
Y cinco lises de relieve en oro
Son del escudo azul noble tesoro.

Y llevando á su diestra en un overo
Al gran Montmorency (que se titula
De barones cristianos el primero,
Y con tal mote su blason rotula);
En un normando pisador ligero,
Cuya tendida crin al viento undula,
Y á cuya planta el suelo se estremece,
El Duque altivo armado resplandece.

Lleva en oro listada la armadura,
Y encima ostenta de color celeste,
Con armiños y rica bordadura,
Una elegante y suelta sobreveste.
Péndele del arzon ó la cintura,
Para que ayuda en la ocasion le preste,
Al lado opuesto de la espada noble,
Ferrada maza, ponderosa y doble.

Un soberbio penacho, que se mece
Orgullosa en la altísima cimera,
Azul y jalde, matorral parece,
Que es de un gigante risco cabellera.
Abierta la celada comparece
La faz adusta, desdeñosa y fiera,
Boca anhelante, los bigotes rojos,
Y con brillo satánico en los ojos.

Porque del Rey es hijo lo saludan
Mezquinos lisonjeros cortesanos,
Y algunos demostrando que no dudan
De su triunfo lo aplauden con las manos.
Las mejillas de nuevo se demudan
Del Rey, y aun tiemblan sus cabellos canos,
La caterva silencio guarda esquivo,
Que no era popular el Duque altivo.

Este, despues que reverente acata
A su padre y señor, manda despeje
La pomposa y lucida cabalgata,
Y que la liza desocupe y deje.
Tranquilo la visera cierra y ata,
Pide á Montmorency que no se aleje.
La lanza empuña y címbjala forzado,
Toma y embraza el rutilante escudo.

26

A la parte siniestra se oye en esto
Bullicio popular, que da el alerta
A cuantos tienen en el circo puesto,
Y tornan sus miradas á la puerta.
Sonoras trompas anunciaron presto
Que el retador á la estacada abierta
Llega: el concurso en inquietud lo aguarda
E impaciente imaginase que tarda.

Entran *viva Aragon* roncando gritando,
Sin que entenderlos sepa el gran gentío,
Catorce almogábares, ostentando
Continente feroz y extraño brio,
Y el estandarte de Aragon alzando,
De quien el orbe acata el poderío.
Pasan á todos su apostura y gesto,
Su raro traje y su marcial apresto.

Cubren sus cuerpos recios y membrudos,
En vez de floja malla ó armadura,
Pielas hírsutas de animales rudos,
Que ciñe tosco hierro á la cintura.
A mengua tienen el usar de escudos.
Liso casco sin cresta ni moldura
Llevan en la cabeza relevada:
Sus armas son tres dardos y una espada.

Después en seis corceles andaluces
Entran seis nobles jeques agarenos,
Con plumas de africanos avestruces
En los turbantes de joyeles llenos.
Terciados los gallardos albornuzes,
Rigen con gracia tal los blandos frenos,
Que arrebataron á la turba inmensa,
Pues aplauso sonoro les dispensa.

Del almirante Aldana eran vasallos,
Pagándole tributo como á dueño.
Y él por hacer alarde, ó por honrallos,
Los trae de escolta al peligroso empeño.
En dos fuertes, bellísimos caballos,
El uno flor de lino, otro peceño,
La lanza un paje trae, de hierro agudo,
Y el otro, sin blason un liso escudo.

De un paje es escarlata la librea,
Del otro es toda negra, y es el mismo
Que ha dado margen á la extraña idea
De ser un mensajero del abismo.
Y no falta en la turba alguien que crea
Que fuera conveniente un exorcismo.
Y cunden conjeturas y temores
No sólo entre la plebe, entre señores.

Llega por fin, y á su derecha mano
Como padrino el duque de Brabante,
Que el freno rige de un corcel germano,
El noble retador el Almirante.
Un tordo cordobés, fino, lozano,
Fogoso, ligerísimo, arrogante,
Y cuya crin al casco descendía,
Rige y gobierna con marcial maestría.

Sobre un sayo de cuero un coselete
Lleva, y todo el arnés empavonado.
Con un bilbilitano capacete,
De rojas plumas el crestón ornado.
Demuéstrase destrísimo jinete,
Y con banda de púrpura va honrado,
Que indica entre los cargos militares
La dignidad suprema de los mares.

También sacaba en alto la visera,
Y tostado del sol muestra el semblante,
Pardos los ojos, negra cabellera,
La mirada segura y centellante,
Negros bigotes, la expresión severa,
Mas no descomedida ni arrogante:
Toma el escudo y la fornida lanza
Y á saludar al Rey pifando avanza.

Cálase la visera, y se retira
Su séquito, quedándose el padrino.
A su contrario sin desprecio mira.
Todo lo espera del favor divino.
Respeto su presencia noble inspira,
Y á su pesar la multitud convino
En que era el español fuerte guerrero,
Y gallardo y cumplido caballero.

De nuevo á la estacada descendieron
Los respetables jueces, las corazas
Y las lanzas y espadas recorrieron,
Frenos, escudos y temibles mazas.
Diligentes después el sol partieron,
Y ambos contrarios sus distintas plazas
Ocupan, donde esperan que la trompa
Tocando á arremeter los aires rompa.

En helado silencio el circo queda.
Ni respirar en rededor se escucha,
No hay quien disimular el pasmo pueda,
La duda es grande, la ansiedad es mucha.
El Rey, sin que al temor de padre ceda,
Al cabo manda comenzar la lucha:
Mas al tender el cetro soberano,
Temblor ligero se advirtió en su mano.

Al grito del clarín los combatientes
Vuelan al centro de la extensa plaza,
Pues de entrambos caballos los latientes
Hijares, ruda espuela despedaza.
Embístense feroces los valientes,
Y en una y otra fúlgida coraza
Los fulminantes hierros resbalaron,
Y de nuevo veloces se alejaron.

Revuélvense los dos ardiendo en ira,
El cordobés tordillo es más ligero,
Con más presteza el Almirante gira,
Y encuentra de soslayo al Duque fiero,
Y crudo bote con su lanza tira
Tan firme, tan seguro, tan certero,
Que un lirio de oro le arrancó sañudo
De los cinco que ostenta en el escudo.

Debió quedar del golpe satisfecho,
Pues aunque el Duque en el gorjal le hiere,
Otra vez á su escudo va derecho,
Y otra lis, de su lanza al golpe, muere.
Brama el francés de cólera y despecho,
Y por más que vengar la afrenta quiere,
Dos lises más dió á Aldana la fortuna,
Y en el broquel no queda más que una.

Del rey de Francia abochornado el hijo
Al mirar su blason tan mal parado,
La suerte adversa con furor maldijo
Y venganza juró desconcertado.
Ronco:—¡Probemos las espadas!—dijo,
Y tirando la pica con enfado,
Dió fulgentes relámpagos desnuda
En su diestra la espada puntiaguda.

El duro aragonés tiró su lanza
También á largo trecho, empuña y brande
El acero con garbo y con pujanza,
Sin impedirle que el caballo mande.
En la espada gran nombre el Duque alcanza,
Pues su destreza en esgrimir la es grande.
Sobre Aldana se arroja de repente,
Amenazando aterrador fendiente.

Pararlo el español apenas pudo,
Por más que amenazando una estocada,
Cubrirse quiso con el ancho escudo
Y soslayar un tanto la celada.
Del príncipe francés el golpe rudo
Partió la altiva cresta empenachada,
Y en el aire esparció las plumas rojas
Como el otoño las marchitas hojas.

El corazón francés bañóse en gozo
Con orgullo y francesa vanagloria.
Cundió por el palenque el alborozo,
Juzgándolo presagio de victoria.
Y mientras contemplaba aquel destrozo
El Duque, ufano de su esfuerzo y gloria,
Repuesto Aldana, airado le acomete
De punta entre la gola y el almete:

Del Príncipe acudió la ligereza,
Y la espada diestrísima interpola.
Entonces amenaza á la cabeza
El Almirante, que apuntó á la gola,
Y cambiando la acción con gran destreza,
Aquella flor de lis, que aislada y sola
Quedaba en el escudo, á tierra vino,
Fuese casualidad, ó fuese tino.

No brama tan feroz el jarameño
Que siente en la cerviz alta el estoque,
Como el Duque francés, viendo el empeño
De ultrajar su blason en cada choque.
Del furor que lo abrasa no es ya dueño,
Y antes que infernal fuego le sofoque,
Anhela furibundo dar remate
Vencido ó vencedor á aquel combate.

Y tirando la espada cortadora,
Que, serpiente de acero, rueda un rato
En el polvo, la maza aterradora
Alza en un vehementísimo arrebatado.
Y acomete con rabia vengadora
Al que á su escudo le robó el ornato.
Mas como anima al brazo ciego brio,
El furibundo golpe dió en vacío.

El normando corcel blanco de espuma,
Rendido á la durísima fatiga,
Ya el grave peso del arnés le abrume
Y el acicate en vano lo castiga.
Mientras el cordobés leve cual pluma,
Obediente á la mano que lo obliga,
Girando burla el golpe, y luego torna
Y al inmóvil guerrador trastorna.

Pero el bizarro aragonés queriendo
No deber al caballo la ventaja,
También la maza bárbara esgrimiendo
Por derribar á su ofensor trabaja.
Y pretal con pretal se arma tremendo
Golpear, que las piezas desencanaja
De ambos arneses, retumbante suena
Y de mortal pavor el circo llena.

De la maza del Duque un resonante
Golpe de lleno, el alto capacete
Abolló del hispánico Almirante,
Que cayera á no ser tan buen jinete.
Aturdido vacila un corto instante,
Pero volviendo en sí, fiero arremete,
Y la maza esgrimió con tal acierto
Que herido cayó el Duque como muerto.

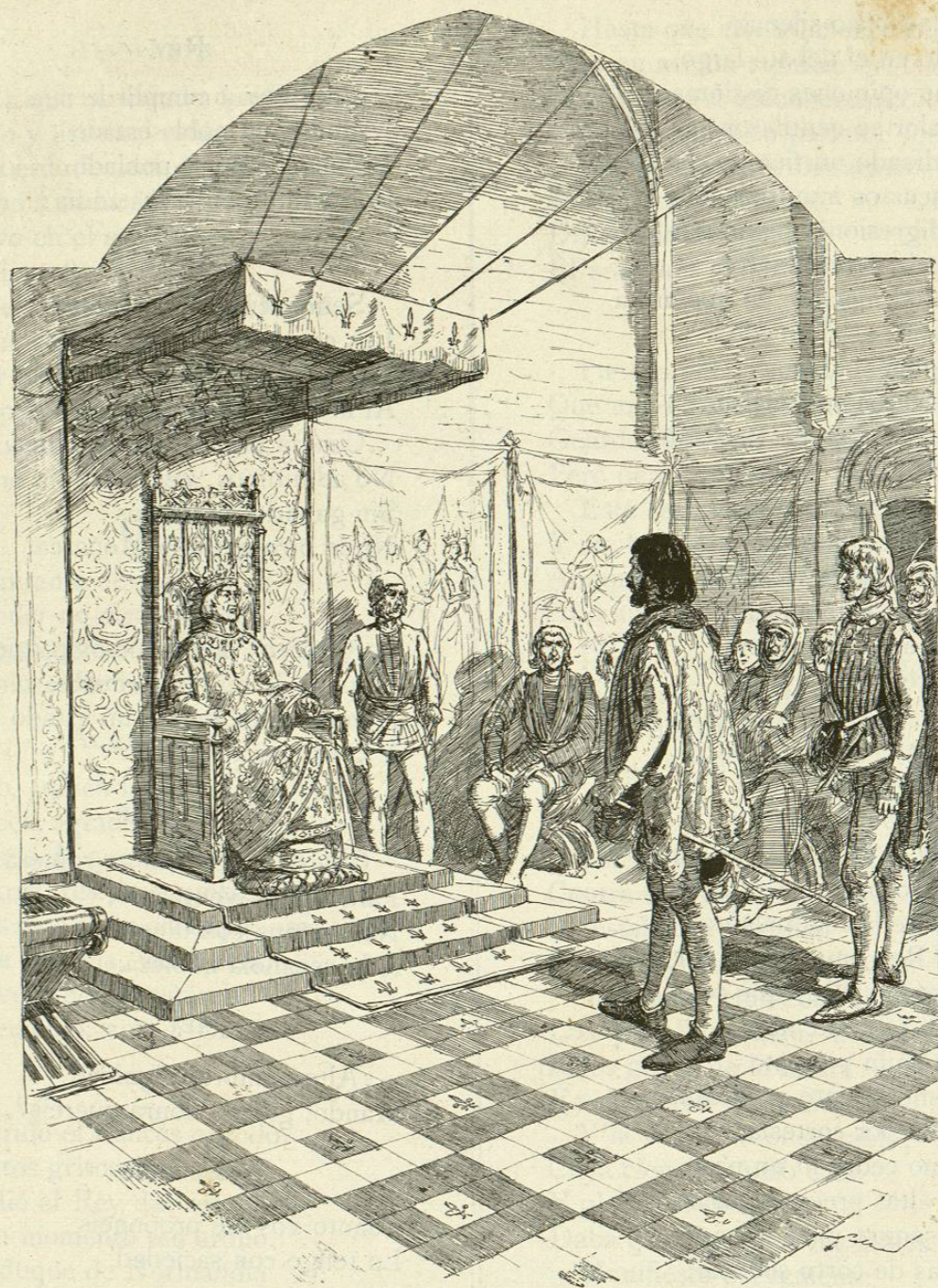
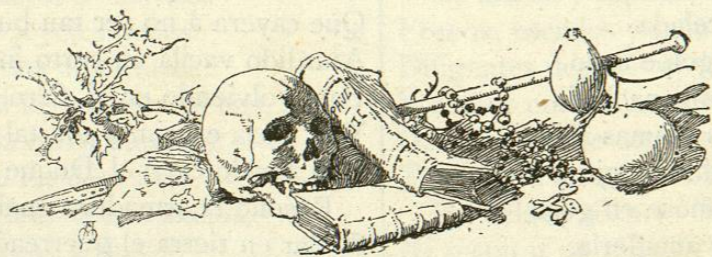
Resonó la armadura quebrantada
Al dar en tierra el guerrador robusto.
La muchedumbre, del asombro helada,
Lanza un gemido de dolor y susto.
Al ver la arena en sangre salpicada
Temblando en pie se pone el Rey agosto.
No hay rostro que el espanto no marchite
Ni un solo corazón que no palpite.

Y crece aquel terror y desosiego
Cuando descabalar al Almirante
Ven, y arrojarse vengativo y ciego
A su contrario en tierra palpitante;
Y que el almete le desata luego,
Y que con un cuchillo relumbrante,
Que el paje negro le alargó, se apresta
A hacer la escena horrible aun más funesta.

Pero afligido, pálido, afanoso,
Veloz arroja el cetro soberano
En la mitad del circo polvoroso,
Y así trémulo grita el Rey anciano:
«¡Basta, basta! Mi cetro poderoso
A nadie escuda ni defiende en vano.
Yo ofrezco hasta mi vida por rescate
Del infeliz rendido en el combate.»

»Afortunado triunfador, yo empeño
Mi palabra real, mi nombre augusto,
Ya que del hijo, que idolatro, dueño
Os hizo en esta lid el cielo justo,
De daros de su vida en desempeño
Cuanto anhelar pudiere vuestro gusto.
Pedid, pedid, satisfaceros fio,
Y guardad como prenda el cetro mio.»

Oyéndolo, suspende la venganza
El Almirante noble, y el cuchillo
Tirando, el cetro con respeto alcanza
Del polvo, que ofuscaba su alto brillo.
Saluda al Rey con plena confianza,
Monta gallardo y grave en el tordillo,
Y deja del estadio los confines
Saludándole trompas y clarines.



VII

EL RESCATE

Rey que palabra non cumple
Non debía de reinare
Ni cabalgar en caballo
Ni espuela de oro calzare.

Cancionero.

El rey de Francia en su trono
Servido está y circundado
De príncipes, duques, pares
De su reino dignatarios.
Y con ellos gravemente
Trata sobre el grave caso
De la vida y del rescate
Del Príncipe desdichado;

Del duque de Normandía,
Que aun convaleciente y flaco
De la herida peligrosa
Y del golpe del caballo;
Del dolor del vencimiento
Y de haber visto rodando
Por el polvo sus blasones
Y su noble escudo en blanco;